

Cuando los hablantes se niegan a elegir: multilingüismo e identidad múltiple en la modernidad reflexiva

Mauro A. Fernández

Universidade da Coruña

Linguística Xeral, Facultade de Filoloxía
Universidade da Coruña
15071 A Coruña (Galicia), Spain
mauro.fernandez@skynet.net / lxmaurof@udc.es

Abstract

The lack of familiarity of sociolinguistics with social theory, leads to use indifferently, as if they were transparent and univocal, items that present problems since the beginning of their use as technical items. This is the case of the term identity. From the modern perspective, theories on identity, formulated by social sciences, can be ascribed to two main groups: essentialists and constructionists. The perspective of this paper belongs to the latter. Because of its relevance, Tajfel's theory of social identity stands out. This theory has been recently developed by Hogg through the theory of self-categorization. This work deals with the relationship that languages can maintain with identities under the light of these theories. Languages and linguistic varieties are, on the one hand, the result of social identity acts, and, on the other hand, the source of social identities (among which ethnic and national identities are found, but not exclusively). Likewise, reflexive modernization theory is based on "the fact that social practices are constantly examined and improved under the light of the information that is extracted from those practices, that, in this sense, alter their characteristics" (Giddens). All this process affects identities and on their relations to languages and varieties.

Key words: bilingualism, identity, social and linguistic identities, reflexive modernization theory.

Resumo

A falta de familiaridade da sociolingüística coa teoría social conduce a usar despreocupadamente, coma se fosen transparentes e unívocos, termos que están inzados de problemas desde o inicio da súa andaina como termos técnicos. Este é o caso do termo identidade. Desde a perspectiva actual, poden adscribirse as teorías sobre a identidade formuladas polas ciencias sociais a dous grandes grupos: primordialistas e construcionistas. A perspectiva aquí adoptada é esta última. Destaca pola súa importancia a teoría da identidade social de Tajfel, recentemente desenvolvida por Hogg a través da teoría da autocategorización. No presente traballo trátase da relación que poidan ter as linguas coas identidades á luz destas teorías. As linguas e as variedades lingüísticas son, por unha parte, o resultado de actos de identidade social, e por outra, son fonte de identidades sociais (entre as que están, pero non de xeito exclusivo, as identidades étnicas ou as nacionais). Así mesmo, a teoría da modernidade reflexiva baséase "no feito de que as prácticas sociais son examinadas e reformadas constantemente á luz da información que se obtén sobre esas mesmas prácticas, que dese xeito alteran o seu carácter" (Giddens). Todo este proceso repercute nas identidades e nas súas relacións coas linguas e variedades.

Palabras clave: bilingüismo, identidade, identidade social, identidades sociais e identidades lingüísticas, teoría da modernidade reflexiva.

Mi participación en la sesión correspondiente del SIB'97 me produjo cierta intranquilidad. Mi desazón provino, en primer lugar, del título que los organizadores le dieron, *la construcción de la identidad en las sociedades bilingües*, título que plantea ya por sí mismo no pocos problemas en cada uno de sus términos; y en segundo lugar, porque un arrebatado de insensatez, del que ahora me arrepiento, me llevó a añadir nuevos problemas al proponer como título de mi contribución *multilingüismo e identidad múltiple en la modernidad reflexiva*.

A decir verdad, no todos estos problemas me intranquilizan en el mismo grado. Todos estamos debidamente familiarizados con la falta de univocidad del término 'bilingüismo', por lo que una breve referencia, en el momento oportuno, al sentido en el que lo uso podría ser suficiente para deshacer los posibles equívocos, aunque tal vez alguno de nosotros preferiría usarlo con un sentido diferente. Y creo que también podré aclarar suficientemente, tal vez incluso para quienes no provengan de disciplinas lingüísticas, cuál de los sentidos del término 'lengua' voy a utilizar. La intranquilidad que me producen estos dos términos es, pues, pequeña, no mayor de la que experimento cotidianamente en mi trabajo: sé que hay otros sentidos, sé que esos otros sentidos no son ni mucho menos disparatados, y conozco el porqué de mis opciones. Lo que me produce realmente desazón, casi podría decir pavor, es tener que usar el término 'identidad'.

Y no es que los lingüistas, especialmente los sociolingüistas, no usemos habitualmente ese término. Difícilmente se puede hablar hoy de variación lingüística, o de cualquier otro de los temas dominantes en la disciplina, sin que desemboquemos de una u otra manera, en el tema de la identidad. Pero la mayor parte de las veces no nos queda (o no me queda) suficientemente claro qué es lo que con tal término se quiere decir. Se da por supuesto que todos sabemos a qué se refiere, por lo que ni siquiera los Gumperz, en el artículo introductorio de una recopilación de trabajos cuyo título es precisamente *Language and Social Identity*, consideraron necesario suministrar una definición de los términos usados en el título. Y si bien la explicitud resulta siempre conveniente, en asuntos como el de la 'identidad' se convierte en imprescindible.

En más de una ocasión se nos ha reprochado a los sociolingüistas el uso que hacemos de los conceptos de las otras ciencias sociales: un uso descuidado, irreflexivo y sin tomar en consideración los marcos teóricos en los que esos conceptos se han forjado. Sirvan como ejemplo de estas reprimendas trabajos como el de Kathryn Woolard (1985), a propósito de la incorporación a la sociolingüística del concepto de 'mercado lingüístico', o el libro de Glyn Williams (1992), en el que se descalifica prácticamente la totalidad de la sociolingüística, muy especialmente la norteamericana, poniendo de manifiesto los presupuestos 'funcionalistas' que subyacen en la mayor parte de los trabajos y que nunca fueron debidamente explicitados por sus autores. Coincidamos o no con la descalificación que hace Glyn Williams –ya que su falta de aprecio por las teorías sociales funcionalistas no tiene por qué ser compartida, y menos todavía cuando hace ya algunos años que está casi desierto el campo de batalla en el que se enfrentaron los funcionalistas y sus oponentes (Giddens, 1979)–, en general, lo esencial de tales reproches está, en mi opinión, bien fundado; y no sólo porque fallemos en hacer explícitos los presupuestos teóricos de los que partimos, sino, a menudo, por nuestra imposibilidad de hacerlo, ya que no estamos suficientemente familiarizados con la teoría social. Como señalaba con cierta amargura Fishman al inicio de esta década, el papel de la sociología en la sociolingüística ha quedado limitado al tipo de familiaridad con la estratificación social que cualquier persona inteligente podría espigar aquí y allá a partir de la lectura del *New York Times*, cuando no a partir de la

simple observación informal de lo que sucede a su alrededor (Fishman, 1991). Es esta falta de familiaridad con el resto de las ciencias sociales la que nos lleva a usar despreocupadamente, como si fuesen transparentes y unívocos, términos que están plagados de problemas desde el inicio de su andadura como términos técnicos.

Cuando se escribe mucho sobre un tema, forzosamente se escribe desde planteamientos diferentes, de modo que el tema en realidad ya no es el mismo, aunque se use la misma palabra para designarlo. Limitándonos a los libros publicados, es decir, dejando fuera los mucho más numerosos artículos aparecidos en revistas y periódicos, nos encontramos con que en MELVYL, el catálogo del sistema de bibliotecas de la Universidad de California, hay (en octubre de 1997) 4240 libros catalogados bajo la rúbrica temática de 'identidad', mientras que sólo hay 1888 bajo la rúbrica de 'sociolingüística', siendo ésta en teoría más amplia, ya que se refiere al conjunto de una disciplina. Podríamos pensar (y yo de hecho lo pensé cuando me encontré con estas cantidades tan dispares) que la sociolingüística es una disciplina relativamente reciente, con poco más de 30 años, mientras que la preocupación por el tema de la identidad debe de ser más antigua. ¿No fue acaso uno de los motivos dominantes en los movimientos nacionalistas del siglo XIX? Ya había dado yo esta explicación por buena cuando cayó en mis manos, casi por casualidad, un artículo del historiador Philip Gleason (1992) en el que se estudia precisamente la historia semántica del término 'identidad' en las ciencias sociales, especialmente en las desarrolladas en los Estados Unidos. La lectura de este artículo reprodujo en mí la sorpresa que la investigación misma había deparado a su autor: la 'identidad' en cuanto término técnico es una novedad que se introduce en las ciencias sociales hacia 1950. En los 15 volúmenes de la *Encyclopedia of the Social Sciences* publicados entre 1930 y 1935 no hay una entrada para 'identidad', y la que hay para 'identificación' se refiere a las huellas dactilares y a otras técnicas de investigación criminal. En cambio, en la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, cuya publicación se inicia en 1968, hay una entrada extensa para '*Identity, Psychosocial*'.

Un examen más detallado de los datos del catálogo de la Universidad de California confirma esta novedad del término: mientras que en los primeros cincuenta años de este siglo sólo 21 libros de los que figuran en ese catálogo se refieren al tema de la identidad, en los cuarenta y siete años siguientes hay 4217. Es decir, planteado en términos de promedio, aunque sean poco realistas: mientras que en la primera mitad de siglo hay un promedio de 0.42 libros por año, en la segunda el promedio se ha multiplicado por 200, pasando a 89.7 libros por año. Una visión más realista nos permite ver que en realidad hay un crecimiento exponencial sostenido desde los años cincuenta: en esa década se publican 18 libros, que pasan a 156 en la década siguiente, a 707 en los años setenta, a 1395 en los ochenta, y a 1920 en los noventa; es decir, entre 1991 y 1997, y dando ya por concluido el presente año, el promedio se aproxima a los 300 libros por año, dos cada tres días.

Pese a lo reciente de su introducción como término técnico en las ciencias sociales, hacia 1970 ya había quejas de que tanto 'identidad' como una serie de expresiones asociadas ('crisis de identidad', 'búsqueda de la identidad', etc.) se habían convertido en un simple cliché, que a fuerza de significar tantas cosas diferentes, no significaban ya realmente nada. Por esos años ya estaban enfrentados diversos planteamientos y había ya un buen manojo de teorías al respecto. Desde la perspectiva actual, se pueden adscribir estas teorías, *grosso modo*, a dos grandes grupos. Por una parte tenemos las teorías primordialistas, que consideran la identidad como algo dado, como un elemento básico, profundo, estable y permanente, como una especie de sello indeleble. Por otra parte, tenemos las teorías opcionalistas o constructivistas, para las que la identidad es una dimensión de la existencia

individual y social que puede enfatizarse y desenfanzarse según la situación lo requiera, por lo que la identidad es un elemento superficial, y no profundo; mutable, y no estable y permanente.

Cabe preguntarse hasta qué punto ambas posiciones son realmente incompatibles, y si no nos hallaremos en realidad, más que ante teorías distintas acerca del mismo objeto, ante teorías acerca de objetos diferentes, que lamentablemente se designan con el mismo término. ¿Necesitarían sostener acaso quienes tanto énfasis ponen en que la identidad social se construye discursivamente, que nada hay en los seres humanos que permanezca estable a través de las interacciones, algo que no se negocie porque no sea en modo alguno negociable? ¿Y por qué no llamarle a eso 'identidad', como se hace desde ciertas posiciones psicológicas, especialmente desde las más cercanas al psicoanálisis? Análogamente, los partidarios de este último sentido de la identidad podrían estar de acuerdo en que existen en los individuos dimensiones cuya relevancia es objeto de negociación en cada interacción concreta, y estando de acuerdo con eso, negar que a eso se le deba aplicar la denominación de 'identidad'. O también podría ser que una de las posiciones fuese más adecuada en relación con la dimensión individual de la identidad, y la otra en relación con la dimensión social (si es que tales dimensiones realmente existen y pueden separarse, tema en el que también hay discrepancias). En cualquier caso, parece evidente que la identidad tal como la concibe, por ejemplo, Erving Goffman, como el "establecimiento de secuencias de conducta esperadas y mutuamente reconocibles en una transacción" (Goffman, 1963), tiene poco que ver con la identidad de los psicólogos de tradición freudiana. Y entre ambas concepciones, cabe toda una serie de posiciones intermedias.

No pudiendo yo resolver todas esas cuestiones, pero sintiendo la necesidad de ser explícito (ya hay demasiados usos vagos y ambiguos del término), me parece conveniente adoptar aquí una perspectiva construccionista, y no sólo porque el título de la sesión así lo impusiera, sino también porque esta perspectiva suministra una base más sólida que otras para argumentar a favor o en contra de ciertas políticas sociales, especialmente de aquellas relacionadas con temas como la etnicidad y el nacionalismo, que son las que tienen una relación más directa con las lenguas. Pero, dentro de las posiciones construccionistas, evitaré la perspectiva interaccionista –la aclaración me parece necesaria, ya que en el SIB'97 esta perspectiva tuvo una presencia relativamente importante–, pues comparto en lo esencial los reparos que tantas veces se han formulado en contra de esta línea de investigación, en especial los relativos a su atomismo y a su incapacidad para establecer generalizaciones (más allá de afirmaciones axiomáticas que se reiteran y se 'demuestran' una y otra vez). Obviamente, para los interaccionistas estaré completamente equivocado, aunque yo preferiría que, según sus propios presupuestos, me interpretasen como alguien que está construyendo discursivamente su identidad social.

En mi opinión, dentro de la psicología social podemos encontrar modelos de la identidad social que nos permitan abordar adecuadamente el tema que nos ocupa. En general, los psicólogos sociales definen la identidad social como "aquellos aspectos del concepto que los individuos tenemos de nosotros mismos que derivan del conocimiento de nuestra calidad de miembros de grupos". Destaca, por su importancia, la teoría de la identidad social de Tajfel (1981), cuyo desarrollo más reciente es, creo, la teoría de la autocategorización (Hogg, 1992), cuya denominación nos remite directamente a los procesos básicos que subyacen a la identidad social: la categorización y la comparación.

Según Hogg (1992), estas aproximaciones –cuyas diferencias paso por alto– tienen las siguientes ventajas, en relación con otras teorías psico-sociológicas de la cohesión social:

1) se trata de teorías *generales* acerca de los procesos de grupo, que se distinguen claramente de otros procesos interpersonales que no son grupales; este carácter de *teorías generales* implica que no están constreñidas por las características del grupo (por ejemplo, su tamaño, su grado de dispersión, la antigüedad de su formación, etc.); 2) son teorías sobre relaciones, y no sobre hechos sustantivos; la identidad social necesita *contrastos*; un grupo aislado no tiene, por ejemplo, identidad étnica; 3) dan cuenta del rango total de conductas de grupo (etnocentrismo, estereotipación, conformidad, conducta normativa, etc.) en términos de un número limitado de principios generadores; 4) son teorías cognitivas; 5) los procesos de grupo no se consideran como una simple derivación de los procesos interpersonales.

Dando por buenas todas las ventajas de estas teorías sobre otras, veamos qué es lo que podemos decir desde ellas acerca de la relación que puedan tener las lenguas con la identidad.

Siendo la mayor parte de nuestra conducta *conducta lingüística*, y siendo la observación el modo principal mediante el que aprendemos acerca de los grupos a los que pertenecemos, parece lógico concluir que los usos lingüísticos son siempre fuente de identidades sociales. Obsérvese que hablo en general de *usos lingüísticos*, y no de *lenguas*. Las diversas variedades de una lengua son fuente de identidades sociales, salvo, naturalmente, en la situación anómala –y tal vez imposible– en la que los usuarios de una variedad no estuviesen en contacto con otras. Hablar, como afirman Le Page y Tabouret-Keller (1985), es efectuar actos de identidad, es tratar de acomodar la propia actuación lingüística a la de un grupo que se toma como referencia (y que no tiene por qué ser siempre el mismo). Las lenguas, por su parte, no son sino la cristalización de unos modelos, el resultado de un proceso de focalización de múltiples actos de identidad, de lo que derivan diversos procesos de institucionalización que, a su vez, refuerzan esa cristalización. Por consiguiente, las lenguas son, por una parte, el resultado de actos de identidad social, y por otra, son fuente de identidades sociales; y lo son (al igual que las variedades) *siempre y necesariamente* (lo que no quiere decir que siempre y necesariamente se ponga en juego esa identidad social).

He dicho *siempre y necesariamente*, y ello parece una osadía poco acorde con el tono mesurado que intento que tenga este texto, pues en la bibliografía sobre el tema se han aducido repetidamente no pocos contraejemplos que cuestionan la necesidad de la relación entre lengua e identidad. Pero creo que cuando esta relación *necesaria* se cuestiona o se niega, lo que subyace a este cuestionamiento es una estrategia reduccionista, una identificación entre la identidad social y la identidad cultural (o étnica), o la identidad nacional. Naturalmente, tal reduccionismo no es sino ponerse en el mismo terreno en el que juegan habitualmente los defensores de las lenguas como fuente necesaria de identidad *nacional* o *étnica*. Pero obsérvese que lo que sostengo es que las lenguas (y las variedades lingüísticas) son fuente de identidad social, y no de identidad étnica o nacional. Ciertamente, estas últimas son identidades sociales, y muchas veces tienen relación directa con las lenguas, pero no son las únicas identidades sociales; también es fuente de identidad social ser del Celta o del Barça, por ejemplo. Y puesto que, efectivamente, identidad cultural o étnica e identidad nacional no siempre están en relación con determinadas lenguas, reconocer que hay una identidad social específica, cuyo contenido es en principio puramente lingüístico, me parece más atinado que negar que las lenguas sean *necesariamente* fuentes de identidad social.

Quedamos, pues, si estamos de acuerdo con lo anterior, en que el contenido de la identidad social vehiculada por las lenguas y las variedades lingüísticas es, en principio, un

contenido puramente lingüístico: nos sentimos miembros del grupo de personas que habla de una determinada manera. La identidad cultural, o la nacional, u otras no tienen por qué coincidir con una identidad lingüística específica: el hecho de compartir la calidad de miembros del mismo grupo lingüístico no ha sido suficiente para evitar enormes matanzas entre etnias diferentes, como hutus y tutsis. Y se pueden conservar importantes elementos de una identidad cultural pese a la desaparición de la lengua a la que estaban asociados. Pero más difícil parece encontrar casos en los que no haya una relación en la dirección contraria: las diferencias lingüísticas intergrupales *suelen ser* portadoras de diferencias culturales o étnicas, y con frecuencia son también el vehículo de identidades nacionales (y aquí sí hay que insistir en que *no lo son necesariamente*).

Pero se puede formular una objeción seria al planteamiento anterior. Si hablar es efectuar actos de identidad, y si las lenguas, por su parte, no son sino el resultado de un proceso de focalización de múltiples actos de identidad, todos los grupos sociales deberían ser ya monolingües (cuando los actos de identidad del pasado han cristalizado en un modelo lingüístico con valor normativo) o bien serán monolingües en el futuro (cuando la situación actual es difusa, pero los actos de identidad que se están produciendo terminarán por desembocar en un proceso de focalización y de aparición de una nueva lengua). Me refiero, naturalmente, a un monolingüismo social, que no tiene nada que ver con el hecho de que los miembros del grupo conozcan otras lenguas. Obsérvese que este planteamiento es el que subyace en muchos programas de acción en relación con las lenguas que se ha dado en llamar ‘minorizadas’ (denominación que lleva implícito el convencimiento de que tales lenguas estarían llamadas a grandes destinos si no se hubiesen interpuesto otras en su camino a lo largo de los complejos procesos que han desembocado en la configuración de los estados-nación actuales). Se desea para los gallegos, por ejemplo, una competencia bilingüe (bilingüismo individual) y un monolingüismo de uso (monolingüismo social). Pero la conducta lingüística de los gallegos contradice notoriamente ese modelo: más del 70% de los vigueses, por ejemplo, usa unas veces gallego y otras veces castellano, y aunque sean más los que se decantan hacia el lado del castellano, lo cierto es que en Vigo hay un bilingüismo social, y lo mismo sucede en las demás ciudades y villas de Galicia. Por bilingüismo entiendo simplemente el uso de dos lenguas, sin ninguna referencia a nociones como las de ‘igualdad’, ‘equilibrio’, ‘armonía’, ‘equifuncionalidad’, etc.

Los ciudadanos de Vigo, como los de cualquier otro sitio, tienen un repertorio de identidades sociales, pero ¿hay en ese repertorio dos identidades lingüísticas o una sola? Y ¿están asociadas esas identidades con otras, como el hecho de considerarse gallego (identidad étnica) o de considerarse una nación que debería constituir su propio estado (identidad nacional)? Las actitudes de los vigueses son ambiguas. Sólo el 15% considera que es más gallego quien habla gallego. En Vigo, como en el resto de Galicia sin excepciones – los datos proceden del material recogido para el *Mapa Sociolingüístico de Galicia* cuya elaboración dirigí junto con Modesto A. Rodríguez Neira (*vid.* Fernández y Rodríguez Neira, 1996)– se considera que son gallegos ante todo quienes nacieron en Galicia, y en segundo lugar, quienes viven y trabajan en ella. Obsérvese que nada tiene que ver esa consideración con variables tales como la lengua materna o la lengua de uso habitual: también los que hablan exclusivamente gallego consideran que el prototipo de gallego es, ante todo, quien nació en Galicia. También son mayoría (el 68%) quienes piensan que los gallegos deben hablar las dos lenguas, castellano y gallego, y el 80% considera que hay que enseñar ambas a los niños. Y, sin embargo, en una aparente contradicción con lo que sugieren los datos anteriores, el 75% piensan que la identidad y la cultura de Galicia se perderían si el gallego

desapareciese, y el 88% está de acuerdo con que sea obligatorio el conocimiento del gallego para quienes viven en Galicia.

En mi opinión, el problema no es que estos datos sean contradictorios, que en el fondo no lo son, sino que no encajan bien con el discurso intelectualmente hegemónico acerca de la identidad gallega, que es el discurso que en la periferia hispana se conoce con el nombre de ‘normalización lingüística’, y que no es sino la pretensión de restablecer un monolingüismo social (atribuido míticamente a tiempos pasados), para restaurar una identidad que se concibe como dañada por la presencia ‘invasora’ del castellano; tan anormal se considera la presencia del castellano que no falta, al igual que en otras situaciones similares, quienes hayan hablado literalmente de ‘esquizofrenia’ por el hecho de usar dos lenguas. Tal discurso hegemónico es incorporado sólo parcialmente por la población, mientras se elaboran mediante la práctica cotidiana otras construcciones identitarias, cuya articulación clara en el nivel de la construcción discursiva intelectual no se ha forjado todavía.

Volveré sobre esto más adelante, tras considerar brevemente otras situaciones multilingües mucho más complejas que la gallega. Una de las formas sociales más característica de la modernidad es la del estado-nación, ese formidable detentador de poder, originario de Occidente, pero que se ha difundido de tal modo que ningún lugar de la superficie terrestre del planeta escapa al control de estas instituciones, que tienden además a controlar parcelas cada vez mayores de la superficie marítima y del espacio aéreo. La propia lógica del estado-nación como institución exige la fijación de fronteras en el interior de las cuales se ejerce una soberanía total, manifestada por ejemplo en la existencia de sistemas educativos uniformes, de una burocracia estatal, de un sistema impositivo y de un presupuesto nacional, de un monopolio de la violencia (ejército y policía nacionales), y también, a menudo, de una lengua nacional. La homogeneización lingüística, como necesidad derivada de la igualdad de los ciudadanos, ha venido formando parte, pues, de la propia racionalidad del estado-nación. Y puesto que los estados-nación en los que la comunidad de lengua preexistía a la propia formación del estado son más bien la excepción que la regla, la mayoría han tenido que confrontar su necesidad homogeneizadora con la resistencia de los hablantes de las otras lenguas no nacionales. Como tantas veces se ha dicho, salvo excepciones, el estado precede a la nación. Las diversas modalidades de esta confrontación en Europa y sus resultados son bien conocidos: integración en unos casos, separación en otros, algún tipo de negociación en los más.

Con los procesos de descolonización que se producen en los últimos cincuenta años, aparecen nuevos estados-nación en los que la heterogeneidad lingüística de partida es muy superior a la experimentada por cualquiera de los estados-nación occidentales. No nos hallamos ya ante cuatro, seis o doce lenguas, sino, en bastantes ocasiones, ante centenares de ellas, frecuentemente con territorios poco delimitados: en muchos de los territorios ex-coloniales existe desde tiempo inmemorial un multilingüismo social, gestionado por los hablantes *in vivo*, como le gusta decir a Calvet, mediante el desarrollo de lenguas francas y de un plurilingüismo individual. La racionalización homogeneizadora inherente a la institución misma del estado-nación ha llevado a estos nuevos estados al establecimiento de una o varias lenguas nacionales, siempre muchas menos, naturalmente, que las habladas en el territorio correspondiente.

A este multilingüismo de los nuevos estados, hay que añadir el multilingüismo mucho más complejo que emerge como resultante de los nuevos procesos de urbanización; no sólo en los nuevos estados asiáticos, africanos y del Pacífico, sino también en las

metrópolis de los viejos Estados. En Nueva York se hablan unas ciento ochenta lenguas, y en Londres más de doscientas. Pero por detrás del número de lenguas, Calvet ha puesto de relieve en más de una ocasión la importante diferencia que hay entre el multilingüismo de ciudades como París o Londres, que no es sino una yuxtaposición de bilingüismos (árabe-francés, vietnamita-francés, portugués-francés, etc) y el multilingüismo de las nuevas ciudades postcoloniales; sirva como ejemplo de estas últimas el caso de Ziguinchor, estudiado detenidamente por Juillard (1995): en esta ciudad un individuo puede ser, por ejemplo, diola, pero hablar a veces mandinga, otras volofó, otras un criollo de base portuguesa; y ese repertorio individual no tiene por qué coincidir con el de las personas con las que tiene interacción más frecuente: el mejor amigo puede ser de lengua serer, o fulaní, o manyacú, o balanta, y saber además diola, criollo, volofó, francés, etc.

El tema de las identidades lingüísticas y de sus correspondencias culturales o étnicas es en estos casos bastante más complejo que en Galicia, nuestro ejemplo inicial. Pero los intentos de dar cuenta de tal complejidad han seguido siempre la misma lógica: a una lengua corresponde una identidad, de modo que cuando los grupos tienen varias lenguas, corresponden a ellas varias identidades que de algún modo tendrán que hacerse compatibles. La explicación más frecuente es acudir a una jerarquía de identidades. Así, se afirma, por ejemplo, que en Singapur el inglés está asociado a la urbanidad y educación del hablante, y a la identidad nacional, mientras que el malayo, el chino y el tamil corresponderían a las identidades étnicas correspondientes (Kanwangamalu, 1992; Bhatt, 1992). Otras veces se complica la jerarquía, postulando, por ejemplo, identidades locales, urbanas, regionales y nacionales.

De modo semejante, en contextos de inmigración, el mantenimiento de la lengua originaria se suele presentar como ligado al mantenimiento de una identidad étnica, mientras que la adopción de la lengua nacional del país de acogida simboliza la nueva identidad que se desea adoptar.

Tales intentos de explicación, que aparecen con aburrida monotonía en multitud de trabajos, podrían no estar tan bien fundamentados como parece. No me atrevo a sostener de plano su falta de fundamento, pero creo que conviene intentar analizar el tema desde una nueva perspectiva, para ver si desde ella resulta posible vislumbrar nuevas vías de solución a los problemas que presenta la tensión dinámica entre lo que nos cohesionan y lo que nos divide. Desde la lógica anteriormente esbozada, y volviendo a un caso sencillo como el de Galicia, alguien podría pensar –y no falta quien lo haya hecho– que las dos lenguas de Galicia llevan aparejadas identidades diferentes, una identidad española, asociada al español o castellano, y una identidad gallega asociada al gallego. Puesto que más de la mitad de la población usa ambas lenguas, la mayoría de los gallegos tendríamos esas dos identidades, que serían movilizadas en nuestras actuaciones lingüísticas según la lengua adoptada en cada caso. Podría interpretarse, entonces, la adopción de una práctica lingüística alternante como una estrategia de neutralidad. El problema que presenta este tipo de explicación es que obliga a asignar una sola identidad a los monolingües: la gallega a los monolingües en gallego, y la española a los monolingües en español. Y ya hemos visto que tal interpretación va en contra de la conciencia colectiva de los hablantes: los gallegos que hablan español no se sienten por ello menos gallegos, ni los que hablan gallego dejan de sentirse españoles (salvo excepciones, siendo en este caso necesario afirmar claramente una identidad anti-española, lo que viene a confirmar la importancia que todavía tiene el estado-nación como fuente de identidad social). Esas dos identidades, naturalmente, existen, lo mismo que existen otras

muchas, pero no me parece que estén vinculadas directamente a la práctica lingüística de los ciudadanos.

Los sociolingüistas, con su interés en las situaciones urbanas, han reparado necesariamente en ciertas características de la modernidad. Gumperz (1982), por ejemplo, justifica su programa de investigación por la importancia de los procesos comunicativos en la moderna sociedad industrial, en cuyas ciudades se concentra una diversidad cultural y étnica sin precedentes en la historia de la humanidad, y cuyas instituciones burocratizadas afectan de modo cada vez mayor a las vidas de los ciudadanos. Este planteamiento se corresponde perfectamente con las visiones de la modernidad prevalecientes hasta ahora en la sociología. Pero la propia modernidad se ha radicalizado en los últimos años, dejando obsoletos e inservibles los grandes relatos de la teoría social acerca de una modernidad lineal, imparable, con un progreso tanto de la ciencia como de la propia tecnología social que mejorarían la condición humana, aunque hubiese que pagar por ello el precio emocional del abandono de las formas tradicionales de existencia.

La teoría de la modernidad reflexiva no es sino una entre las que pretenden dar cuenta de esta etapa más reciente de la modernidad. Sus creadores, Ulrich Beck y Anthony Giddens, sostienen que supone una ruptura, una innovación conceptual, en relación con la asfixiante esterilidad de los debates en torno a los conceptos de modernidad frente a postmodernidad. La modernización reflexiva no es sino la forma que adopta la modernidad en su etapa más reciente. La primera modernidad se caracterizaba por una creencia en el progreso y una fe ciega en la capacidad de la ciencia para lograr el dominio completo de una naturaleza concebida básicamente como materia inanimada. Pero los terribles riesgos ecológicos que surgen como consecuencia del tipo de producción en el que se apoya esta primera modernidad han acabado con el optimismo anterior, de modo que en la sociedad de riesgo la prioridad productiva ya no la ostenta la producción de bienes materiales, sino la producción de seguridad. Pero al mismo tiempo, resulta imposible efectuar cálculos fiables de la magnitud del riesgo. Esta contradicción sólo puede superarse mediante un mayor grado de incorporación de reflexividad en la conducta habitual. En palabras de Giddens (1990), “la reflexividad de la vida social moderna consiste en el hecho de que las prácticas sociales son examinadas y reformadas constantemente a la luz de la información que se obtiene sobre esas propias prácticas, que de este modo alteran su carácter”. Esta mayor reflexividad se pone bien de manifiesto, en primer lugar, en los procesos de democratización de la ciencia, es decir, en la exigencia de que los cálculos del riesgo dejen de ser el patrimonio de un grupo de expertos separados de las experiencias cotidianas de las gentes; en segundo lugar, en una nueva interconexión de esferas de la vida social que habían pasado por un proceso de diferenciación y autonomía progresivas; y en tercer lugar, por el desarrollo de un nuevo tipo de unidades hacia las que se traslada la capacidad de decisión, alejándose así progresivamente de los organismos ejecutivos y de las instituciones democráticas formales.

Esta modificación constante de las prácticas sociales como consecuencia de lo que la sociología descubre supone una importante fisura en los fundamentos mismos del estado-nación. En una sociedad en la que el riesgo se construye como global, se quiebra necesariamente la fe en las instituciones que no pueden protegernos de ese riesgo, los modelos de subjetividad que las instituciones nos suministran no nos parecen aceptables, produciéndose así una grave quiebra en el contrato social.

Al mismo tiempo, los procesos de globalización e individualización característicos de toda la modernidad se han incrementado de tal modo que, por una parte, se convierte en ilusoria toda noción de soberanía nacional, y por otra, aparecen posibilidades inéditas de

interacción, liberadas de las constricciones del espacio y de la presencia física. Muchos en la actualidad desconocemos a nuestros vecinos, pero enviamos y recibimos mensajes a y desde los puntos más lejanos del planeta.

Todo ello repercute en las identidades. Instituciones que durante los últimos siglos habían sido fuentes fundamentales de identidad social, como el estado-nación, lo son cada vez menos. Otras van surgiendo en su lugar, como una identidad europea, o bien identidades regionales transnacionales, como podría ser el caso del territorio estructurado en torno al importante eje viario Barcelona-Montpellier, o tal vez, cuando se completen los túneles previstos en los Pirineos, el trapecio delimitado por Burdeos, Montpellier, Valencia y Bilbao (Sanguin y Guiraud, 1995), o una región ítalo-austríaca (Triella, 1995), o un eje Ferrol-Oporto, etc. Todo ello nos lleva a la quiebra de otra lógica: la de la necesidad de una lengua nacional. Paradójicamente, la defensa de las lenguas nacionales en la construcción de las instituciones europeas, la negativa a adoptar una lengua única por los peligros asimilacionistas que ello conllevaría, tiene que desembocar en unas nuevas relaciones entre lengua nacional y lenguas regionales. Si no es necesaria una lengua única para la construcción de Europa, tampoco es necesario el francés para la pervivencia de Francia. Las identidades nacionales tienden, pues, a desvanecerse, y con ellas deberían desvanecerse un buen número de problemas lingüísticos.

Para concluir, y puesto que pudiera parecer enigmática la primera parte del título “Cuando los hablantes se niegan a escoger”, quisiera aclararla muy brevemente. En los trabajos sobre bi- y multilingüismo se habla constantemente de la ‘elección’ de lengua, por lo que, a primera vista, parece incongruente (incongruente al menos con la tradición académica) referirse a una negativa a elegir por parte de los hablantes.

Ulrich Beck hace arrancar su último libro, *La reinención de la política*, de un ensayo de Kandinsky que lleva un título muy peculiar: ‘Y’. Para Kandinsky, esta palabra, ‘y’, caracteriza al siglo XX, que se opone así al siglo XIX, que era el siglo del ‘o’ en su sentido más excluyente: o esto o aquello. Para Beck, la vaguedad del ‘Y’ es precisamente el tema de la última modernidad, de la modernidad en un orden social global. En realidad, se trata de una variante de la disolución de las certidumbres, de una instauración de la duda como reina, más en el sentido de Montaigne que en el de Descartes. Me parece a mí que esa duda es la que manifiestan los gallegos en sus respuestas, ese rechazo del ‘o esto o aquello’, manteniendo y considerando que ambas lenguas forman parte de su identidad social, manteniendo el gallego, tras haberse apropiado del castellano. Me parece también que esa negativa de las opciones excluyentes es lo que está llevando a algunos estados-nación a replantearse el tema del multilingüismo y el multiculturalismo, tal como sucede últimamente en Australia, o en los Estados Unidos, donde vemos grados cada vez mayores de mantenimiento del español, y donde recientemente ha comenzado a otorgarse la ciudadanía a solicitantes que no pueden hablar ni entender el inglés.

Podríamos vislumbrar, pues, un mundo en el que las lenguas dejaran de ser origen de conflictos y de frustración. La diversidad lingüística no es en sí misma un problema que los humanos no podamos resolver, mientras que los intentos de eliminar esa diversidad han sido la causa de importantes frustraciones y no poco sufrimiento. Pero no quisiera tampoco que nadie me atribuya un optimismo que en realidad no tengo. Las identidades, como todos los mecanismos de cohesión, sólo pueden ser tales en la medida en que también sean mecanismos de exclusión, de construcción del extraño. Y aunque las lenguas dejen de ser mecanismos de construcción del extraño, las posibilidades de construcción de extrañidad son en nuestros tiempos mucho mayores que en cualquier época anterior (Beck, 1996). Y

siempre hay instituciones e individuos dispuestos a usar esas posibilidades: la misma reflexividad que provoca la duda razonable y evita las opciones excluyentes alimenta también su opuesto: la contramodernidad, la construcción de las certezas absolutas y de los fundamentalismos. Para luchar contra tan perniciosas construcciones, tal vez no deberíamos tomarnos tan en serio el tema de las identidades.

Referencias bibliográficas

- Alexander, J.C. (1996). "Critical reflections on 'reflexive modernization'. *Theory, Culture & Society* 13(4), 133-38.
- Beck, U. (1996). "How neighbors become Jews: the political construction of the stranger in an age of reflexive modernity". *Constellations* 2(3), 378-96.
- ___ (1997). *The Reinvention of Politics. Rethinking Modernity in the Global Social Order*. Cambridge: Polity Press.
- Beck, U., A. Giddens & S. Lash (1994). *Reflexive Modernization. Politics, Tradition, and Aesthetics in the Modern Social Order*. Cambridge: Polity Press.
- Bhatt, R.M. (1992). "Language identity, conflict, and convergence in South Asia". *Studies in the Linguistic Social Sciences* 22(1), 17-37.
- Calvet, L.-J. (1993). "Français et urbanisation". In D. de Robillard & M. Beniamino (eds.). *Le français dans l'espace francophone: description linguistique et social de la francophonie* (vol. I). Paris: Honoré Champion, 431-47.
- Fernández Rodríguez, M.A. y M.A. Rodríguez Neira (coords.) (1996). *Actitudes lingüísticas en Galicia*. (Volumen 3 del *Mapa Sociolingüístico de Galicia*). A Coruña: Real Academia Galega.
- Fishman, J.J. (1991). "Putting the 'socio' back into the sociolinguistic enterprise". *International Journal of the Sociology of Language* 92, 127-38.
- Giddens, A. (1979). "Functionalism: *Après la lutte*". In A. Giddens. *Studies in Political and Social Theory*. Londres: Hutchinson. [Reproducido en A. Giddens. *In Defence of Sociology. Essays, Interpretations & Rejoinders*. Cambridge: Polity Press, 78-111].
- Gleason, P. (1992). "Identifying identity: a semantic history". In P. Gleason. *Speaking of Diversity. Language and Ethnicity in Twentieth-Century America*. Baltimore & London: The John Hopkins University Press, 123-49.
- Goffman, E. (1963). *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*. Englewood Cliffs (N.J.): Newbury House.
- Hogg, M.A. (1992). *The Social Psychology of Group Cohesiveness: From Attraction to Social Identity*. New York: New York University Press.
- Juillard, C. (1995). *Sociolinguistique urbaine: La vie des langues à Ziguinchor (Sénégal)*. Paris: CNRS.
- Kanwangamalu, N.M. (1992). "Multilingualism and Social Identity in Singapore". *Journal of Asian Pacific Communication* 3(1), 33-47.
- Le Page, R. & A. Tabouret-Keller (1985). *Acts of Identity*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Mcnamara, T. (1987). "Language and social identity: some Australian studies". *Australian Review of Applied Linguistics* 10(2), 33-58.
- Sanguin, A.-L. & F. Guiraud (1995). "Les Pyrénées: mort d'une frontière, naissance d'une charnière?". In H. Goetschy & A.-L. Sanguin (eds.). *Langues régionales et relations transfrontalières en Europe*. Paris: L'Harmattan, 243-54.
- Tajfel, H. (1981). *Human Groups and Social Categories: Studies in Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tiella, S. (1995). "Quelques remarques concernant la proposition d'une eurorégion Alpine Italo-Autrichienne". In H. Goetschy & A.-L. Sanguin (eds.). *Langues régionales et relations transfrontalières en Europe*. Paris: L'Harmattan, 263-71.
- Williams, G. (1992). *Sociolinguistics: A Sociological Critique*. Londres: Routledge.
- Woolard, K.A. (1985). "Language variation and cultural hegemony: toward an integration of sociolinguistic and social theory". *American Ethnologist* 12, 738-48.